

# LOS PERMANENTES

(ENTREMÉS)

PERSONAJES:

ARSENIO  
PERPETUO  
JEREMÍAS  
ÁNGEL  
SEVERINO  
ELISA  
LUISITO

Escrito por: <http://alvientodeunailusion.blogspot.com>

Oficina de “Pompas Fúnebres La Eternidad”. A la izquierda del actor, una puerta que comunica con otro despacho, y a la derecha, la que dirige hacia la calle. Las dos puertas siempre permanecerán abiertas. Al foro, una pared con un crucifijo colocado en el centro, varios cuadros alusivos a la empresa: como coches fúnebres de época, etc. También se distingue colgado un cartel de “Prohibido Fumar”. Dos mesas con ordenadores, teléfonos, material de oficina, y en una de ellas un periódico. Sillas para los empleados y para atender al público. Un archivador y un perchero con una chaqueta azul marino colgada en él.

Es a primera hora de la mañana, al comienzo de la jornada laboral. Bueno... en esta oficina nunca se sabe cuándo empieza ni cuándo termina la jornada laboral, porque está abierta las 24 horas del día.

*Perpetuo y Ángel son administrativos, de unos cuarenta y cinco años, el primero; y de treinta, el segundo. Ambos van de uniforme: llevan camisa celeste; pantalón y corbata azul marino. Perpetuo está sentado trabajando en la mesa que se encuentra a la izquierda del actor y Ángel está de pie, junto a la mesa de la derecha, hablando por teléfono:*

ÁNGEL.– Sí, sí... ¡Vaya por Dios! Entonces no puede ser para mañana ¿no? Pero es que... Pues sí que estamos buenos. Vale, adiós. *Cuelga el teléfono.*

PERPETUO.– ¿Para pasado mañana te han dicho?

ÁNGEL.– Sí.

PERPETUO.– *Contrariado.* ¡Empezamos bien el día!

*Aparece por la puerta de la calle Jeremías, hombre de mediana edad. Lleva también uniforme de la empresa: viste con traje de chaqueta y corbata azul marino y camisa celeste. Lleva un maletín en la mano. Viene serio y con aspecto de cansado.*

JEREMÍAS.– Buenos días.

PERPETUO.– Buenos días, Jeremías.

*Jeremías continúa andando sin detenerse hasta desaparecer por la puerta que conduce al otro despacho.*

ÁNGEL.– Buenos días. *Se va tras él.*

*A continuación llega por la puerta de la calle Arsenio, hombre de cincuenta y tantos años, afable, alegre y sonriente, como siempre. Viste igual que Jeremías.*

ARSENIO.– Buenos días nos dé Dios que habitó entre nosotros... ¿Qué, cómo anda la cosa, tranquila?

PERPETUO.– Buenos días, Arsenio. De momento, sí.

ARSENIO.– ¡Ah! Vale, pues entonces voy a desayunar. Me voy a tomar mi café con una tostada bien abrigadita de ibérico y vuelvo en un periquete.

*En esto sale del despacho contigo Jeremías, con varios papeles que deja en una de las mesas. Continúa llevando el maletín en la mano.*

ARSENIO.– *Jovial.* Vaya cara que trae este hoy. ¡Chiquillo, alegra esa cara que vas a parecer que trabajas en una funeraria! Perpetuo, cuéntale un chascarrillo de los tuyos a ver si se le alegran a las pajarillas.

JEREMÍAS.– Para chistecitos estoy yo hoy. Me he llevado toda la noche atendiendo un servicio y ahora me voy a otro. Ahí te dejo los papeles. A ver si podéis pedir sala al tanatorio y todo lo demás.

ARSENIO.– Tranquilo, de eso ya nos ocupamos nosotros.

JEREMÍAS.– Me marchó ya, así que hasta luego. *Se marcha por la puerta de la calle.*

ARSENIO.– Lo dicho, que ahora vuelvo: tardo siete minutos. *También se va a la calle.*

*Perpetuo sigue trabajando, de repente empieza a observar la oficina y se levanta como si buscara algo.*

PERPETUO.– ¡Ángel! ¿Puedes venir un momento?

ÁNGEL.– *Saliendo del despacho interior.* ¿Ocurre algo?

PERPETUO.– ¿Se llevaron ya al cubano? Como no lo veo por aquí...

ÁNGEL.– ¡Qué va! ¡A ese no lo quiere nadie! Ni la embajada, ni la madre que lo parió. Dos meses llevamos ya con él haciéndonos compañía y lo que queda. *Señalando hacia la puerta de donde ha salido.* Está ahí dentro. Es que dice el jefe que no lo tengamos tan a la vista, porque causa mala impresión a todo aquél que entra por aquí.

PERPETUO.– Pero si el cubano ya es uno más de nosotros. Si todo el mundo conoce ya la historia de sus cenizas. *Se acerca a la puerta y observando desde allí.* Ahí está, míralo. ¡Con lo grande y gordo que era el pobre!

ÁNGEL.– *Mirando también.* Pues ya ves en lo que se quedó.

PERPETUO.– Si es que no somos nadie.

*Suena el teléfono.*

ÁNGEL.– Bueno, me voy allá dentro con el cubano. *Vuelve a su despacho.*

PERPETUO.– *Se sienta y atiende la llamada.* La eternidad, buenos días. Sí... sí... ¡Ah!, que prefiere pasarse por la oficina a pagar la factura y vez de que nosotros vayamos a su casa. Sí, sí, entiendo: que se lleva usted casi todo el día en la calle y si vamos nosotros puede no haber nadie allí. Vale conforme, pues usted se viene cuando guste. ¿Que hasta qué hora estamos aquí? Señora, nosotros estamos aquí permanentes, como la funeraria. ¡Ah!, que no había caído usted ¿no? Ya. Fíjese si estamos aquí siempre, que ni la puerta de entrada tiene cerradura: como no la necesitamos... De acuerdo, un saludo, buenos días. *Cuelga el teléfono y éste vuelve a sonar.*

–La eternidad, buenos días. Sí, dígame. Sí... ya... ya... Lo siento muchísimo. Y dice usted que la fallecida es su suegra. Dígame su dirección y un teléfono de contacto que en seguida se pasa un compañero para atenderle. *Toma nota.* Sí... sí. Vale, pues ahora le llamamos. Adiós. *Cuelga, escribe y hace una llamada.* –Oye, mira, que cuando termines allí no vuelvas, que tienes otro pendiente. Espera que ahora te doy el aviso, en cuanto confirme la llamada. Hasta ahora. *Cuelga y llama de nuevo.* –Hola buenos días. Le llamo de La Eternidad, para confirmar su llamada y decirle que ahora pasamos... ¿Cómo? ¿Pero cómo es eso? ¿Que ahí no ha muerto nadie? Vamos a ver, yo acabo de hablar con un señor que me ha dicho que su suegra había fallecido. Y... ahora me dice usted que no, que su madre está viva. Pero, ¿usted está segura? ¿Ha comprobado si respira y todo lo demás? Ya. O sea, que usted afirma que todavía vive. Que no necesitan ustedes nuestros servicios, vaya. Conforme, no se hable más. Con Dios, buenos días. *Cuelga y llama otra vez.* –Oye, que de lo que te dije antes que... nada, que ya no hay muerto que valga. Así que tranquilo. ¡Y yo qué sé lo que ha pasado! Venga. *Cuelga.*

*Se asoma por la puerta de la calle, Severino, hombre de unos cincuenta años. Respira muy aceleradamente y trae cara de asustado.*

SEVERINO.– Buenos días.

PERPETUO.– Buenos días, caballero.

SEVERINO.– *Recorre con la mirada el despacho y al ver que no hay nadie más se decide a entrar.* ¡Hola!

PERPETUO.– ¿En qué puedo atenderle, señor?

SEVERINO.– *Continúa respirando con dificultad.* Sí... verá usted... Quisiera saber si ha estado ya aquí mi mujer... Es...

PERPETUO.– *Interrumpiéndolo.* Un momento, por favor. *Hace una llamada telefónica.* Sí, ya está... vale, adiós. *Cuelga y se levanta dirigiéndose hacia Severino.* A ver, ¿qué me decía usted?

SEVERINO.– Pues eso que, si mi mujer había estado por aquí.

PERPETUO.– ¡Ah! ¿Su señora? ¿Ahora mismo? No, pues no. Por aquí no ha venido nadie esta mañana.

SEVERINO.– Es que me dijo que venía hacia aquí. Espero haber llegado antes... *Se acerca más a Perpetuo y le habla al oído en voz baja.* Es que tengo que hablar con usted.

PERPETUO.– Pues usted me dirá.

SEVERINO.– Mi mujer, que quiere venir a pedir presupuesto para un entierro.

PERPETUO.– ¡Ah! Pues encantado de atenderles. Dígame usted, si quiere ir dándome ya los datos del fallecido y así vamos adelantando...

SEVERINO.– No, no: si no ha fallecido nadie aun. Es sólo para informarse. Como ahora hay tantas novedades en cuanto a entierros, incineraciones... y ahora... *Asustado.* Hasta dicen que se puede convertir al muerto en un diamante...

PERPETUO.– ¡Ah, sí! Es cierto. Eso es lo último que ha salido.

SEVERINO.– *Rabioso.* ¡Pues diga usted que no!

PERPETUO.– ¿Que no?

SEVERINO.– ¡Que no! ¡Que no van ustedes a convertirme en un diamante cuando me muera! ¡Ea!

PERPETUO.– Hombre, si usted no quiere, no...

SEVERINO.– ¡Pero ella sí quiere! ¡Y es capaz de hacer conmigo lo que le dé la gana! *Rogando.* Por favor, trate de convencerla de que eso no puede hacerse. Ofrézcale otras opciones más normalitas. Vamos, ¡un entierro como Dios manda! Con su coche fúnebre, sus coronas, su misa con cura y su enterrador: como debe ser. *Mira de vez en cuando hacia la calle.*

PERPETUO.— Descuide, ya hablaré yo con ella para decirle que usted no está de acuerdo...

SEVERINO.— ¡No! No le diga usted que yo se lo he dicho. Que yo no he estado aquí a todos los efectos.

*Se asoma a la puerta.* ¡Ahí viene ella! *Asustado.* ¡Ay! ¿Puedo pasar para dentro?

PERPETUO.— Sí, hombre, tranquilícese.

*Severino se marcha rápidamente por la puerta del otro despacho.*

*Aparece Elisa, mujer atractiva y coqueta, mucho más joven que Severino. Viste con traje de chaqueta y lleva un bolso en la mano.*

ELISA.— Buenos días.

PERPETUO.— Buenos días, señora. ¿En qué puedo atenderla?

ELISA.— Pues verá. Yo vengo a pedir información sobre los tipos de entierros que ustedes realizan. Saber todos los servicios que ustedes pueden prestar, como un entierro, una incineración, o...

PERPETUO.— Naturalmente, para eso estamos. Tome asiento, por favor.

ELISA.— *Se sienta.* Gracias. Verá usted, es que me han contado, de que existe la posibilidad de convertir en un diamante al difunto. Y yo quisiera saber a cuánto asciende el precio y de qué forma se procede. Es que ya he preguntado antes, en la compañía de seguros, y me han dicho que todavía no se contempla esa opción en las pólizas, y que en ese caso correrían por mi cuenta los gastos extraordinarios. Así que por eso he venido: para que me den ustedes el presupuesto.

*El marido asoma la cabeza por la puerta y Perpetuo lo mira de reojo.*

PERPETUO.— De acuerdo, pues verá usted: esto es algo que se comenta, pero todavía en nuestra ciudad no se está llevando a cabo.

ELISA.— Pero supongo que se podrá hacer en otras ciudades, ¿no?

PERPETUO.— Para eso sería necesario realizar un traslado del cadáver. Pero ya le digo, no le puedo asegurar, pero creo que en nuestro país, no lo está haciendo ninguna empresa por el momento.

ELISA.— Ya, pero imagino que en un futuro próximo... Porque vamos... tampoco lo quiero yo para mañana mismo, que mi marido está muy sano y... *Suspirando.* ¡Ay! Si supiera usted la ilusión que me ha hecho toda la vida el tener un diamante! Pero no ha podido ser. Se lo he dicho tantas veces a mi marido... pero él siempre: —que eso cuesta mucho dinero, que no nos lo podemos permitir. Y figúrese usted si lo que mi marido no ha podido regalarme en vida, lo pudiera hacer en el momento de su muerte. *El rostro de Severino desaparece del mapa.* *Suspirando.* ¡Ay! ¡Y así lo llevaría siempre conmigo!

PERPETUO.— Claro, que si es lo que usted desea... *Levantando la voz.* ¿Y sabe usted si su marido está de acuerdo con eso?

*Severino vuelve a asomar la gaita.*

ELISA.— Sí, claro. Bueno... no, ahora no está muy convencido, pero poco a poco lo iré consiguiendo. Será cuestión de tiempo nada más. *Sonriendo.* Él me quiere mucho y no se negará, estoy segura. *Severino, angustiado, se esconde de nuevo.*

PERPETUO.— Entonces, como de momento no le corre a usted mucha prisa, yo iré recabando toda la información que pueda y cuando la tenga, ya la avisaré.

ELISA.— Pues, muchas gracias. *Saca una tarjeta de visita del bolso.* Ahí tiene usted mi número de teléfono para cualquier novedad al respecto. *Se levanta.* Ha sido usted muy amable. Adiós, buenos días. *Se va caminando hacia la calle.*

PERPETUO.— *Se levanta y la acompaña a la puerta de salida.* Adiós, señora, que tenga usted un buen día.

*Elisa desaparece y acto seguido sale por la puerta del despacho interior, Severino.*

SEVERINO.— ¿Lo ve? ¿Es lo que yo le decía o no? ¡Si es que esta mujer...! ¡Y todo, para presumir delante de las amigas! ¡Que lo sé yo! *Horrorizado.* ¡Haga algo, por favor! ¡Ayúdeme!

PERPETUO.— ¿Ayudarle? Pues no se me ocurre a mí ahora nada... Ya sabe usted que cuando a una mujer se le mete algo entre ceja y ceja, hasta que no lo consigue... Ya ve lo interesada que sigue, a pesar de que le he dicho que ahora no puede hacerse.

SEVERINO.— ¿Y cómo soluciono yo esto, Dios mío? ¡Yo no puedo vivir con esta angustia! ¡Creo que me voy a morir antes de lo previsto con este sinvivir!

PERPETUO.— Yo que usted trataría de distraerla. Ya sabe... alguna joyita o quizás un pequeño diamante, si se lo puede permitir, podría hacerle cambiar de idea.

SEVERINO.— ¿Usted cree que eso haría efecto?

PERPETUO.– Pruébelo usted. Si con eso deja de hablarle del tema, igual su idea se le va olvidando.

SEVERINO.– Sí, creo que sí... Vale, pues muchas gracias. Adiós, buenos días. *Se va hacia la calle pensando.* Sí, seguramente que con una joya... o un diamante...

PERPETUO.– Con Dios, buenos días.

*Aparece Ángel por la puerta de su despacho.*

ÁNGEL.– ¿Pero qué le ocurría a ese hombre, por Dios? ¡Vaya cómo iba!

PERPETUO.– Cosas de marido y mujer, que vete tú a saber.

ÁNGEL.– ¡Y cómo sudaba allí dentro, el condenado!

PERPETUO.– Claro, con el mal rato que ha pasado... ¡Ja, ja, ja!

ÁNGEL.– ¡Ja, ja, ja! *Vuelve a su despacho.*

*Aparece Elisa de nuevo por la puerta de la calle y vuelve a entrar en la oficina.*

ELISA.– ¡Hola otra vez! Se marchó ya mi marido, ¿verdad?

PERPETUO.– Sí, señora, hace unos minutos.

ELISA.– Sí, si ya lo he visto salir de aquí. ¿Y qué? ¿Cómo lo vio usted?

PERPETUO.– Bueno, iba asustadillo. Pero creo que se fue dándole vueltas a la cabeza para darle una solución a lo suyo.

ELISA.– ¡Ay! ¡No me diga usted! ¿De verdad? *Muy contenta.* ¡Ay, qué alegría! Si yo lo sé, ¡si me quiere mucho!

PERPETUO.– Pues creo que iba medio convencido.

ELISA.– ¡Ojalá y este año tenga yo por fin ese regalo de aniversario que siempre he soñado! ¡Un diamante! ¡Qué bonito! *Con cara de pena.* Pobrecito. Sé que me he pasado, y que le estoy haciendo pasar un mal rato. Pobrecito mío, ¿usted cree que yo pensaría nunca convertirlo en un diamante? *Alegando el rostro.* ¡Pero había que intentarlo, digo yo! ¡Creo que de este año no pasa! ¡Voy a ser la mujer más feliz y sorprendida del mundo entero, con su regalo de aniversario! Y todo se lo debo a usted. ¡Muchas gracias!

PERPETUO.– De nada, Elisa.

ELISA.– Estaba segura de que mi marido vendría, por eso le dije que me avisara.

PERPETUO.– Cuando lo vi entrar con ese aspecto, en seguida me supuse que era su marido.

ELISA.– Ya me dijo mi amiga que no me fallaría. No sé cómo darle las gracias.

PERPETUO.– Sí, sí ya... pues solamente dígame a su amiga Julia, que no me mande aquí a más nadie. Que me meten ustedes en un lío muy gordo.

ELISA.– ¡Ah, no!, tranquilo. Esta idea queda entre nosotras en exclusiva. *Se despide dándole dos besos sonoros.* Adiós, buenos días y gracias otra vez. ¡Ay, qué contenta me voy! *Se va muy alegre.*

PERPETUO.– Adiós, Elisa. *Se sienta de nuevo a su mesa de trabajo.* Si es que aquí estamos, lo mismo para un roto, que para un descosido. ¡Esto es la casa de tóqueme roque!

*Por la puerta de entrada a la oficina, vuelve Arsenio de su apetitoso desayuno tarareando alguna canción.*

ARSENIO.– ¡Ea! Ya vengo como nuevo. Perpetuo, allí te he dejado pagado un desayuno para ti.

PERPETUO.– Gracias, pero ya desayuné temprano hoy.

ARSENIO.– Entonces, ya tienes pagado el de mañana. *Cuelga su chaqueta en el perchero y ocupa su silla, la correspondiente a la mesa de la derecha del actor.* ¿Quedaba algo pendiente por hacer?

PERPETUO.– Sí, la cita del tanatorio, que no he tenido tiempo de llamar todavía.

ARSENIO.– Vale, eso déjame a mí. *Hace una llamada.* ¿Sí? Hola buenos días, soy Arsenio, de La Eternidad. A ver, que se ponga inmediatamente mi Rocío. ¿Qué pasa mi alma? ¿Cómo te trata la vida? Claro que soy Arsenio: personalmente e intransferible. Sí, he tenido dos días de asueto y ahora estoy de mañana. Vamos a ver corazón, necesito una hermosa sala con vistas al mar. ¿La número cinco? Vale. Trátamelos bien que ya sabes en el estado que te los mando. Que luego no quiero que vengan a mí con reclamaciones. Pues claro, si es que no os enteráis que yo soy el que os está dando de comer a todos ustedes. Que yo los trato con mimo y con delicadeza, pero luego sois vosotros los que tenéis que completar el trabajo. Vale mi amor, ahora te llamo para confirmarte cuando te lo llevamos para allá. ¡Ah!, y con este no pasaros con el maquillaje, que ya sabes lo que ocurrió con el de la semana pasada: que decían todos que se parecía a Luis Mariano. Adiós simpatía. *Cuelga.*

PERPETUO.– ¡Ángel! ¿Has llamado ya a la familia para decirles la fecha de la incineración?

ÁNGEL.– *Sale Ángel de su despacho.* Yo no me atrevo a llamarlos. ¡Verás cómo se van a poner!

ARSENIO.– ¿Por qué? ¿Qué pasa?

ÁNGEL.– Pues que me han dado la cita de la incineración para pasado mañana.

PERPETUO.– Ya sabes, aquellos amigos del dueño, que nos avisaron con tiempo diciendo que era cuestión de horas.

ARSENIO.– ¡Ah! Sí. ¿Y hasta pasado mañana? ¿Pero tú le has hablado del compromiso que...? Trae para acá, hombre, que yo me encargue, esto está resuelto sobre la marcha. *Perpetuo le da unos documentos. Llama por teléfono.* ¿Sí?, buenos días, soy Arsenio. ¿Qué pasa hombre, cómo va la vida por esos mundos crueles? A ver qué ocurre con nuestra incineración, que me han contado que... ¿Cómo que hasta pasado mañana? Paco, que es un compromiso muy gordo, que nos la jugamos. ¡A mí me dejas tú de pitos y flautas! Que no me vengas tú a mí ahora... Sin acritud hombre, sin acritud. Mira, no te pongas flamenco: que hay que hacer fácil, lo difícil. Que esto tiene que ser para mañana aunque sea a última hora, que no sabes tú la que... Pero Paco, mi alma, con lo amigos que somos y la de veces que te he dejado el carnet de fútbol, ¿me vas a dejar ahora tirado? Eso, pues lo metes ahí y no me causes más problemas, anda. Eso es: como la excepción que confirma la regla. Bueno venga ya, ¿estamos? ¿A las seis de la tarde? ¡Hecho! Y... gracias. Tómame una a mi salud, y dile a Frasquito que lo apunte en mi cuenta. Adiós. *Cuelga y sonríe.* Esto es demasiao, esto es demasié. Me estoy dando cuenta que de que no os puedo dejar solos. ¿Lo ves? Si es que soy el mejor de los veintidós. ¿O no?

PERPETUO.– Ya... ya...

ÁNGEL.– *Con ironía, regresando a su despacho.* ¡Buenooo, el number one!

*Arsenio se levanta, descuelga el cartel de "Prohibido Fumar" y lo esconde debajo de su mesa en un lugar no visible, sin hacer ningún comentario a lo que está haciendo. Acto seguido enciende un cigarrillo y vuelve a sentarse.*

ARSENIO.– *Tararea.* Como quieres que te quiera, si ya no puedo quererte... *En tono de chanza y gritando.* ¡Angelitooooo! ¡Que estoy harto de darte oportunidades! ¡Mira que pongo interés para que aprendas, pero nada, esto es predicar en el desierto!

ÁNGEL.– *Desde dentro.* ¡Anda y vete por ahí!

ARSENIO.– ¡Ja, ja, ja! *Abre un cajón de su mesa y saca de allí un cenicero.* Si es lo que yo digo. Ahora no hay profesionales como los de antes. Muchos estudios, mucho niño mono y bien vestido, sistemas nuevos de trabajo que se inventan las empresas, pero los profesionales como nosotros se van perdiendo, ya sólo encuentras sucedáneos. Cuando nos jubilemos los pocos que quedamos ya... *Pausa. Lee el periódico que hay en su mesa.* Perpetuo, ¿trajeron ya la tele nueva?

PERPETUO.– No; al parecer mañana la traen, pero no es seguro.

ARSENIO.– Ya verás. ¿A que me pierdo el partido? Después de que esta semana no puedo ir al campo porque me toca trabajar, no lo voy a ver ni por televisión.

*Suena el teléfono.*

PERPETUO.– *Atendiendo la llamada.* La Eternidad, buenos días. Dígame, señor. Pero... ¿qué dice usted? Claro que no ha llegado nadie por allí todavía, pero si acaban ustedes de decirme cuando les llamé antes, que la tal difunta no estaba muerta. ¿Cómo que sí está muerta? ¿Pero está usted seguro? ¿Comprobado... comprobado? Pero si su señora me acaba de decir hace un rato que estaba viva. Entonces... ¿qué ha pasado? ¿que se ha vuelto a morir otra vez, o que estaba muerta desde el principio? ¡Oiga, que aquí trata usted con profesionales!, pero si ni ustedes mismos se ponen de acuerdo para asegurar si está muerta o no está muerta... ¿cómo vamos a actuar nosotros? Bueno, ¿entonces, qué? ¿Han llamado ya al médico de familia para que le certifiquen la defunción, o se lo enviamos nosotros? Más que nada para que salgan ya ustedes de dudas de una puñetera vez. Vale, de acuerdo, en seguida le llama el compañero para pasarse por allí. Buenos días. *Cuelga y llama.* –Oye, ¿acabaste ya ahí? ¿No?, pues cuando termines me llamas que tienes otro. ¿Recuerdas el muerto de antes que no estaba muerto?, pues se ha vuelto a morir. Hasta ahora. *Cuelga.*

*Arsenio, continúa leyendo el periódico hasta que termina de fumar; entonces apaga su cigarrillo en el cenicero, que a su vez esconde en el cajón. Seguidamente, cuelga de nuevo el cartel de "Prohibido fumar". Se sienta y sigue pasando las hojas del periódico.*

*Pausa. Se asoma por la puerta de la calle un niño, pero no se atreve a entrar. Tiene unos 9 años y cara de espabilado.*

LUISITO.– Hola.

PERPETUO.– Buenos días, Luisito.

ARSENIO.– *Se levanta para atender al niño.* Hola Luisito. ¿Qué te pasa, niño?

LUISITO.– *Entra.* Que... que...

ARSENIO.– ¿Vienes solo?

LUISITO.– Sí.

ARSENIO.– ¿Y puede saberse qué te trae por aquí?

LUISITO.– Que dice mi padre que te diga que... que si me dejas ver las cajas.

ARSENIO.– ¿Ah, sí? Eso dice tu padre, ¿eh? Pues dile al chuflo de tu padre que no te deje ver tantas películas de miedo. ¡Que esto es una cosa muy seria!

LUISITO.– ¡Anda por fa... por fa...! ¡Déjame ver las cajas!

ARSENIO.– ¡Niño: que se dice ataúdes!

LUISITO.– Bueno... eso.

ARSENIO.– *Mirando a Perpetuo.* Pero, ¿y estos niños?, ya no se entretienen con juegucitos normales. ¡Las cajas, las cajas! *Hablando a Luisito.* Anda niño, venga ya; pero que sea una cosita ligera, que tengo trabajo.

LUISITO.– No, si ahora no quiero.

ARSENIO.– ¿Ah, no?

LUISITO.– Es para Halloween, que me voy a disfrazar y quiero hacerme una foto para mis amigos. Y si me retrato con ellas, asusto mucho más.

ARSENIO.– ¡La mare que te trajo niño! ¡Que estáis todos locos con la dichosa fiestecita esa! ¡Aquí quería yo ver a más de uno! Bueno, vale, pero le dices a tu padre que te mande para acá a una hora que no esté aquí el jefe, ¿eh?, que luego no quiero líos.

LUISITO.– Gracias. Adiós. *Se va por donde vino.*

PERPETUO.– Hay que ver cómo cambian los tiempos, ya ni los niños nos toman en serio. ¡Con la fama que hemos tenido siempre de seriedad!

ARSENIO.– *Solemne.* ¡Si es que ser funerario imprime carácter!

PERPETUO.– ¡Je, je! ¡Cómo lo sabes!

ARSENIO.– Y llevan razón cuando dicen que somos serios y formales; pues claro: cuando hay que serlo. Pero hay que tomarse la vida con filosofía; por eso nos gusta más una guasa...

PERPETUO.– ¿Que si nos gusta...? ¡No veas!

ARSENIO.– Hace ya tiempo representamos aquí, entre nosotros, la escena de un funeral. Tú no trabajabas en la empresa todavía, creo. Si hubieras visto a esta gente disfrazada... ¡Ja, ja, ja! Paco era monaguillo, Antonio hizo de cura... ¡Anda!, lo que no recuerdo es: quién fue el que hizo de muerto.

PERPETUO.– ¿Hasta un muerto hubo?

ARSENIO.– Claro, lo metimos dentro de un ataúd y le hicimos todos los honores. La que liamos en el duelo... Oye, y Antonio se sabía la misa del funeral entera, ¡qué tío! ¡Ja, ja, ja! Pepe se encargó de la grabación.

PERPETUO.– ¿Hasta lo grabasteis y todo?

ARSENIO.– ¡Digo! A saber si alguien conserva todavía esa cinta. Pero fue tremendo. Si aquí hay anécdotas como para escribir un libro. *Vuelve a su mesa y toma asiento.*

PERPETUO.– Yo recuerdo cuando Paco y Jesús, fueron a un bar a desayunar y aparcaron el coche fúnebre en la puerta para que los atendieran rápidamente. Y el dueño les decía: –Anda marcharos ya, que me espantáis a la clientela. Y ellos: –Pero si el coche está vacío. Y el dueño: –Sí, pero impone.

ARSENIO.– ¡Je, je! Sí, pero la que tuvo guasa fue la que le gastamos a Jeremías, ¿la recuerdas? Desde entonces anda más acharado el pobre... ¡Ja, ja, ja!

PERPETUO.– ¿Cuándo? ¿Cuándo se dio de baja Cipriano? ¡Ja, ja, ja!

ARSENIO.– ¡Sí!

*Los dos se ponen serios al mismo tiempo. Se miran.*

PERPETUO.– ¡Quillo, aquello tuvo mala leche!

*Tras un silencio, rompen a reír al mismo tiempo.*

ARSENIO.– ¡Ja, ja, ja!

PERPETUO.– ¡Ja, ja, ja!

ARSENIO.– Se dio de baja Cipriano, y como este Jeremías es tontito, se quiso poner medallas ante el jefe

y se le ocurre decir... *Muy serio.* –Tranquilo, jefe, que yo doblo el turno estos días si es necesario. Y va, y le da por ponerse malo el del turno de noche. ¡Y aquí no aparecía ni Dios para relevarlo! ¡Ja, ja, ja!

PERPETUO.– ¿Cuánto tiempo estuvo aquí, sin volver a casa?

ARSENIO.– Creo que fueron... sí, cincuenta y seis horas justas. Aquí se afeitaba y aquí lo hacía todo. Llamó a la mujer para que le trajera ropa para cambiarse. ¡Ja, ja, ja! Oye, ¿tu récord en cuánto está?

PERPETUO.– El mío en treinta y dos horas. ¿Y el tuyo, Arsenio?

ARSENIO.– El mío en cuarenta. *Pausa. Se levanta y pasea.* No, si aquí no se trabaja; eso dicen. Si todo esto está muy tranquilo. ¡Qué sabrán esos cuando nos viene todo el trabajo a la vez! *Se acerca a la puerta de la calle y mira hacia fuera.* Míralo, ahí viene el alma en pena de Jeremías. ¡Y viene serio! ¡Ojú, ojú, ojú! Si mala cara llevaba antes, cuando se fue, vaya la que trae ahora.

*Entra por la puerta de la calle Jeremías. Aparece maltrecho, despeinado, un ojo a la funerals, la corbata torcida y una manga de la chaqueta descosida; con aspecto visible de haber sufrido un percance.*

JEREMÍAS.– *Compungido.* ¡Ay, qué vida llevo!

ARSENIO.– ¡Compadre! ¿Qué te ha pasado? ¿De dónde vienes: de atender un servicio o del desolladero?

PERPETUO.– *Se levanta y se acerca a Jeremías.* ¡Jeremías!

JEREMÍAS.– ¡Yo ya no estoy para estos trotes!

ÁNGEL.– *Aparece por la puerta del despacho contiguo.* ¡Jeremías!

JEREMÍAS.– Que... ¿qué me ha pasado? *Furioso.* ¡No me digáis que vuelva, porque no vuelvo! ¡He dicho que no vuelvo y no vuelvo! Allí los he dejado con su muerto... ¡y que se las apañen! ¡Si es que este año en el convenio voy a pedir un plus de peligrosidad! ¡Porque ésta, se está convirtiendo en una profesión de alto riesgo! Sí, sí... se dice que tenemos unos clientes que nunca se quejan ni protestan por nada, los pobrecitos. Pero, ¿y las familias? ¿Eh? ¿Qué me dices tú de los familiares? Ahora, en cuanto te equivocas lo más mínimo, ya tienes puesta una denuncia. Pero lo de hoy... ¡lo de hoy no tiene nombre!

PERPETUO.– ¿Pero, has tenido algún problema con el servicio?

JEREMÍAS.– Que no, que yo no he hecho nada. Ha sido una discusión entre ellos: –que si tú tienes la culpa, que te has portado muy mal cuando vivía, ¿tú a qué vienes ahora por aquí?, que si te quedaste con el dinero, que si la herencia. Y se armó la bronca. Aquello se convirtió en una batalla campal. Y yo, queriendo poner orden me metí por medio y me arrearon también. *Señalando sus heridas de guerra.* ¡Mira! ¡Mira cómo me han dejado! De allí me vine después de declarar a la policía. Les he dicho que se queden con su muerto y con los futuros, porque este servidor no vuelve más. Que si quieren un entierro: que llamen a los Servicios Sociales. *Furioso.* ¡Porque yo no vuelvo más! ¡Que no vuelvo! *Suspirando y caminando lentamente hacia el otro despacho, acompañado por Ángel.* ¡Ay! ¡Esta vida me está matando!

ARSENIO.– *Viendo marcharse a Jeremías.* ¡Ay, Perpetuo! Con lo poco que le gusta al dueño de esta empresa, pero me temo que mañana salimos de nuevo en las noticias de sucesos.

PERPETUO.– Eso mismo iba a decirte yo.

ARSENIO.– *Al público:*

De funerarios ya vieron,  
el argumento tratado  
de anécdota y desenfado.  
¡Y es verdad que ocurrieron  
muchas que aquí se han contado!  
Un consejo les daría,  
reflexionen una cosa:  
¿Problemas? ¡Qué tontería!  
Si esta vida son dos días,  
¡disfrútenla: que es hermosa!

FIN

Sevilla, Noviembre de 2008.